



José Ovejero
Vibración



Galaxia Gutenberg

JOSÉ OVEJERO

Vibración

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2024

© José Ovejero, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal:
ISBN: 978-84-19738-61-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

... y que él mismo es el espectro de su propio padre.

Ulises, JAMES JOYCE

Pone la palma de la mano contra el muro de hormigón. No es su aspereza ni el frescor lo que busca. Vibra, como la primera vez. Un zumbido continuo. Es algo eléctrico y a la vez humano. Quizá por eso imagina que el zumbido se transformará en voces distantes. Pega la mejilla al muro, con la vista ligeramente elevada hacia el techo, también de hormigón desnudo. El espacio desierto debe de tener más de mil metros cuadrados, el doble de largo que de ancho. No hay ni un mueble, ni una máquina, tampoco basura; en el centro una valla metálica que forma un cuadrado alrededor de un hueco cuyo fondo no se distingue. Mira hacia arriba y, en el ángulo del techo y el muro junto al que se encuentra, descubre nidos de golondrinas abandonados, de los que se descuelgan manchurroneos blanquigrises. El suelo, sin embargo, está limpio de excrementos; sí hay polvo y algunas hojas secas e inmóviles. También, en la esquina más alejada de él, un charco oscuro simulando una profundidad imposible. No han dejado nada. Turbinas, pasarelas, tuberías gruesas y finas, manivelas y llaves de paso, cuadros eléctricos, lámparas, puertas de metal arrancadas de cuajo probablemente por chatarreros. Lo que no se llevó la empresa durante el desmantelamiento de la central lo fueron esquilmando poco a poco pero con violencia sucesivas oleadas de modestos saqueadores. Quedan las cicatrices en las paredes y el suelo, marcas herrumbrosas, desconchones, negros boquetes.

Escucha en silencio. Está convencido de que va a oír algo aunque no sabe muy bien qué, o prefiere no saberlo. No cree en

espíritus. Sicofonías y ectoplasmas son paparruchas de embaucadores. Y sin embargo cuenta con oír voces; tiene la misma sensación de inminencia que cuando vuelves la cabeza porque intuyes que alguien te está mirando. El zumbido se transmite a su mejilla como hormiguelo. La luz que entra por una ventana pegada al techo –un vano ridículo para una sala tan descomunal– parece sucia, ligeramente verdosa. Algo que se pudre. Agua pantanosa. De hecho, tiene la impresión de estar sumergido en un líquido muy tenue; mejor, en un gas a punto de licuarse. También el calor pegado a su cuerpo podría volverse material, una segunda piel delgada y pegajosa.

El hormiguelo se está extendiendo y ahora le baja por el cuello hasta los hombros. Separa la mejilla del muro, pero mantiene la palma contra él. La vibración no desaparece.

Pasé una hora allí dentro, le diría después a Sara. Cuando caminaba, el eco parecía multiplicarse, como si proviniese de varias personas, lo que me hacía sentir aún más la soledad, el vacío a mi alrededor. La vibración atravesaba el aire, me hacía pensar en un aleteo de insectos. Y si tocaba la pared era como si estuviese recorrida en su interior por algo vivo, o por algo que quiere estar vivo. Me quedé escuchando, y te juro que al final, después de mucho rato, oí voces que provenían de debajo del edificio. Ya, ya sé que es imposible. Debajo del edificio no hay nada, o solo roca y tierra. Sin embargo, las voces venían de ahí. Intenté entender qué decían, pero eran como murmullos en un idioma extranjero.

Y a la niña, ¿la oíste? ¿Oías a la niña?

Sara tenía los ojos clavados en él, las pupilas, dilatadas como si hubiese tomado una droga o se encontrase en un lugar oscuro, cubrían casi todo el iris; era una mirada que parecía tacto, algo seco y pesado contra su rostro. Apretaba las mandíbulas. Posiblemente ni respiraba.

No, a la niña no. Eran voces de extraños. De adultos.

Yo sí la oigo, por las noches. Todas las noches.

Solo te lo imaginas.

Fue a acariciar su cabeza pero interrumpió el movimiento, dejó caer la mano para apoyarla en el borde de la mesa.

Si te digo que la oigo es que la oigo. Me habla. Pero yo tampoco sé lo que dice. Es como un soplo. Pasa de largo y ya no está. No se queda nunca. Y, cuando se va, tengo la impresión de estar sumergida en agua helada.

Al menos no llora.

No, no llora. Eso significa que a lo mejor está bien, ¿no?

Sí, supongo que sí, la niña está bien, donde sea que se encuentre.

I

Profanación

Por las tardes, cuando no hay clientes, a las cinco de la tarde nunca hay, echa monedas a la tragaperras. Las roba de la caja y si tiene suerte y se alinean tres melones o tres herraduras o tres lo que sea, las devuelve. Si no hay suerte, de todas formas un curro nunca le dura más de cinco o seis meses. Le da igual ganar o no dinero en la máquina. Juega porque le gusta ver girar las figuras. Sus sonidos de kermés. La voz metálica más alegre cuando gana un premio que ninguna de las que oye cada día. Juega como a veces mira girar la ropa en la lavadora o como echa una moneda al aire una y otra vez intentando adivinar si sale cara o cruz. Las tardes son así. Lentas e idiotas. Fuera el sol pule las superficies hasta descascarillarlas. Dentro penumbra y revoloteo de moscas.

Ella se había prometido que a los veinte años sería feliz y salvaje. No le queda mucho para alcanzar esa edad y no es ninguna de las dos cosas. Salvo que entiendas por salvaje los botellones nocturnos en el cementerio. Pero ella se había imaginado otra cosa. O no, no se había imaginado nada específico. Solo la sensación de estar viva. La vibración que la recorrería de la coronilla a la planta de los pies. Como si la atravesara un rayo suave.

Por las tardes, cuando no hay clientes y el sol araña las fachadas y el pavimento y la chapa de los coches, y en el interior la penumbra se derrama lenta como alquitrán, la Tierra gira más despacio y respirar recuerda a un bostezo desganado.

Fuera, la sombra, que unos minutos antes cubría parcialmente el suelo de la entrada, es ahora una franja brillante con los colorines de las tiras de plástico que deben impedir el paso a las moscas mientras la puerta se mantiene abierta. La sombra podría ser una mancha de petróleo evaporada por el sol.

Rebusca en uno de los armarios con puerta de contrachapado que se encuentran bajo la barra. Aparta varias botellas y coge una de ginebra, etiqueta amarilla y letras rojas, una marca cuya única justificación es que de alguna manera hay que llamar a la ginebra que contiene la botella, no porque dé prestigio al líquido ni porque nadie vaya a pedirla por su nombre para dárselas de entendedor o al menos de alguien con el suficiente carácter como para tener gustos definidos, tajantes. Si cogiese una de las ginebras más caras su tío se daría cuenta, la llamaría ladrona y puta urraca y si no fuese por el cariño que le tenía a tu madre. Pero ante la desaparición de esa botella podría hacer la vista gorda, fingir que quizá se había equivocado al calcular las existencias y no se puede culpar de todo a la chiquilla, que bastante tiene con lo que tiene.

La guarda en la mochila de color rosa que lleva como gesto irónico. Ella, tan oscura, tan de cuero y labios negros, tan de remaches, tan de qué asco me da el mundo y vuestra forma de destruirlo, de destruirnos, con ese gesto que gastáis de no estar haciendo nada malo, lo que pasa es que la vida es lo que es y de algo hay que vivir, seamos razonables, yo a tu edad también, etc. Vosotros, que aplaudisteis la construcción de una central que nos envenenaría por los siglos de los siglos amén, que depositaría en nuestra sangre isótopos como larvas, dormitando durante años hasta que la larva eclosionaría y nos devoraría.

Y como ellos compran a sus hijas neceseres de color rosa y Barbies vestidas de rosa, y zapatitos rosa, ella tiene una mochila de color rosa, como tiene ese animal de color pardo colgado del tirador de la cremallera superior de la mochila, un animal que podría ser un simio o un koala o un ser inventado que se parece

a ambos, un cruce de ojos grandes y redondos tan tiernos que dan ganas de estamparlo contra la pared, de pisotearlo hasta que entre los labios asome una lengua amoratada. Con la mochila rosa y el animalito tan mono se construye el símbolo de su desprecio hacia el mundo de buenas chicas que se casarán y tendrán niños y puede que incluso vayan a la universidad y hagan carrera, porque todo es posible si te lo propones y trabajas, un mundo en el que quieren embutirla mientras sonrían como si de verdad, de verdad fuese por su bien, lo que pasa es que tú. (Pero en un cajón de la mesilla, y eso no se lo confesaría a nadie, guarda un peluche de especie también indefinida, con el que durmió hasta una edad que tampoco confesaría.)

Envuelve la ginebra con un trapo de cocina para evitar que se rompa y da un tirón del monito o lo que sea para cerrar la mochila después de introducir en ella el producto del hurto. ¿Cómo es posible que sean aún las cinco y media? El tiempo es para ella algo húmedo que se evapora demasiado despacio, al menos el tiempo en el bar es así. Por las noches transcurre de otra manera.

Araña despacio el mostrador de cinc para sentir el desagrado que le produce. Los oídos se le contraen aunque apenas oye nada; es el sonido imaginado de la uña contra el metal. Le dan ganas de masturbarse vigilando la puerta y por qué no. Desabrocha el botón de la cintura, abre la cremallera, tira hacia abajo de los pantalones –le cuesta porque le están muy ajustados– y después las bragas; no mucho, lo justo para poder alcanzar el clítoris con el dedo, y también lo justo para poder subir las dos prendas con relativa rapidez si llegara alguien. Al menos durante esos minutos se olvida que está en el bar, sumergida en penumbra y aburrimiento.

Si su tío entrara en ese momento, rodease el mostrador y la descubriese, no se excitaría ni la miraría con deseo y culpa, sino con una decepción idéntica a la que se instaló ya para siempre en los ojos de sus profesores, la decepción de quien ha depositado

muchas esperanzas en alguien que se empeña en defraudarlas una tras otra; no es solo que no se hayan cumplido sus predicciones, se lo toman como algo personal, esa vocación de fracaso de una chica tan brillante solo puede deberse a que la dirige contra ellos, una forma de castigo inmerecido, un desprecio arrogante hacia lo que sienten y desean. Si su tío entrara y rodease el mostrador tampoco miraría hacia otro lado, avergonzado o para ocultar las ganas de poner el dedo donde lo tiene la sobrina, no, la miraría como un confesor piadoso que, a pesar de todo, espera que la pecadora se compadezca de su sufrimiento, porque quién no sufriría al ver condenarse a otra persona. Convivir con su tío es como convivir con una vaca.

Su tío, de cabeza cuadrada, hombros caídos y manos descomunales, que sin embargo no produce miedo, más bien un poco de lástima: las manos son tan grandes que han rebasado el límite en el que serían una amenaza, tan grandes que derriba vasos, deja caer tenedores, se revelan incapaces de abrochar o desabrochar botones, de hacerse la lazada del mandil de pescadero que lleva en el bar, a ver, tío, que ya te lo ato yo, unas manos que van a juego con la sonrisa simple, con los ojos de gominola reblandecida por el calor. Y no es que no le esté agradecida; incluso le había sorprendido que la empleara a pesar de la mala fama que la acompañaba de esquina a esquina del pueblo: el silencio repentino de las mujeres a su paso, cómo cabecean igual que alguien constataría un desperfecto en un mueble; los hombres con iris que se endurecen de pronto, cristales turbios, mientras la sonrisa parece ablandarles los labios; el puto cura que una vez, al cruzarse con ella, trazó una cruz en el aire como si ella fuere el mismísimo satanás, no me jodas, hacerme un exorcismo. El tío la regaña, la amenaza sin convicción, le pide que por favor. Pero le ha dado trabajo por las tardes, mientras él se echa la siesta y luego va a dar de comer a los guarros y a las gallinas y a las cuatro cabras que aún conserva tan solo por cariño, y eso que dan más trabajo que beneficio, igual que ella.

Casi se le había olvidado que estaba masturbándose. Notaba el roce pero no el placer; incluso cierto desagrado porque se le había secado el clítoris y el dedo la raspaba. Se sube las bragas y el pantalón. Ese día no va a poder. O lo intentará más tarde si no llega ningún cliente. Se sienta en un taburete y apoya cabeza, pecho y brazos sobre el mostrador. Si pegas el oído al cinc oyes crujidos dentro de la barra, el zumbido del frigorífico, un gorgoteo lejano, tu propio corazón bombeando sangre.

Al llegar, el tío la encuentra durmiendo sobre el mostrador. La chica despierta sobresaltada y nota que se le escurre saliva por una comisura. Se limpia con el dorso de una mano; le cuesta abrir del todo los ojos, salir del estupor. Hola, tío.

Él está parado a dos metros de ella, al otro lado de la barra. Posiblemente ha pasado allí algún tiempo, contemplándola, sin decidirse a despertarla. Va inmediatamente a buscar el mando de la televisión. La enciende y cambia de canal hasta encontrar uno que al parecer considera preferible a los demás. El bar ha dejado de ser un submarino que va hundiéndose sin ruido hacia el fondo del océano. La chica siente que las voces están dirigidas contra ella. Son una forma de violencia. La arrancan de su mundo. Hacen estallar su espacio. Va a la cocina a través de un vano sin puerta que se abre detrás de un extremo de la barra. No tiene nada que hacer allí; ha fregado y recogido los cacharros, ha limpiado los azulejos y pasado una bayeta por el suelo. El aburrimiento la había llevado incluso a ordenar el interior del frigorífico industrial. Pero se siente protegida ahí dentro, las voces parecen más lejanas, dejan de hablarle directamente.

A las seis y pico va llegando gente. Hombres primero, luego alguna mujer, dos o tres amigas juntas. Ella no suele atender al público. El tío es una barrera de plexiglás entre ella y los clientes. La ven pero no le dirigen la palabra. Piden al tío, él gira la cabeza, o a veces ni eso, y repite el pedido que ella se encarga de

preparar: dos cafés con leche; un carajillo; agua con gas, con hielo y una rodaja de limón. Se limita a dejarlos en la barra, cerca de su tío, y él se encarga de repartir los pedidos.

A eso de las ocho le está permitido marcharse. Al tío no le gusta que se quede cuando los hombres han tenido tiempo de irse llenando de alcohol. Porque entonces atraviesan la barrera, lo ignoran, se dirigen directamente a ella con una broma que sirve para preparar el terreno. ¿Qué terreno? No existe más que en sus cabezas tupidas de sarro.

Coge la mochila con cuidado de no golpearla. Adiós, tío, dice como siempre, y como siempre le da un beso rapidísimo en la rasposa mejilla. Adiós, hija, responde él, y seguro que se queda mirándola salir, con la cabeza gacha por la preocupación y quizá evaluando el contenido de la mochila.

Pasa por casa para hacer tiempo. Le parece que hay una conexión entre el bar a las cinco de la tarde y la casa a las ocho. No es solo el silencio, tampoco la penumbra debida a las persianas bajadas; lo que conecta un sitio con otro es la sensación de que el tiempo avanza más despacio; el segundero del reloj del salón, una esfera enmarcada en chapa dorada y sujeta por columnas también doradas dentro de una urna de cristal, recorre su camino demorando cada salto de un segundo a otro, el tiempo tiene una elasticidad de pesadilla. Cuenta el número de respiraciones que realiza en un minuto: trece. Todo normal.

Su madre no está; aún en la mercería y no llegará hasta las nueve. Al pasar junto al aparador pone boca abajo la foto de boda de sus padres, que está apoyada contra el espejo. Pues sin él no habrías venido al mundo, protestaba la madre cada vez que encontraba la foto volcada. Pero no era algo por lo que le estuviese agradecida. Además, él no había querido traerla a la vida, tan solo echar un polvo. Ella era un daño colateral.

Coge también el retrato de su hermana, debía de tener dieciocho años cuando se lo hicieron. Ella sí que se lo montó bien. Nunca la ha invitado a visitarla a Alemania, como si no quisie-

ra la menor conexión con ese pueblo del que la gente no se va: se escapa. Deja otra vez la foto en el aparador, de pie; a ella también le guarda rencor, pero no tanto como al padre, quizá porque a su hermana, aunque apenas la conoce, sí la entiende.

El gato se frota contra sus piernas. Cuando se agacha a acariciarlo le bufa. Puto gato consentido. Le da una patada suave en el culo. Sin venir a cuento se pregunta cuándo fue la última vez que se tumbó en la cama junto a la madre y se dejó acariciar la cabeza. Antes permanecían así largo rato, tendidas una al lado de la otra, hablando o en silencio, y la madre le pasaba la mano por el pelo, quizá distraída y pensando en sus cosas, pero se había sentido protegida, su cuerpo perdía tensión, dejaba de estar alerta. Echa de menos aquellos momentos. No, no es cierto: no es que los eche de menos, ya no los desea, pero el recuerdo le hace sentirse bien, en casa.

Sale hacia el cementerio viejo a eso de las nueve. Ella siempre lleva la ginebra. Alfonso, los cigarrillos y a veces la marihuana; Julián, los preservativos. En esa caja de preservativos que Julián deposita con solemnidad ensayada sobre la lápida, noche tras noche, hay una esperanza, una promesa de algo que no llega nunca y no saben si desear verdaderamente que llegue. Jamás los han usado, aunque cuando ven los preservativos hacen bromas y juegan con ese sucedáneo de la excitación auténtica que recorre a los tres, pero saben que es imposible, porque son tres, y son tres para que sea imposible, porque aunque hayan pasado horas y horas juntos, si las sumases probablemente semanas, viendo porno en el ordenador, ellos no podrían participar en esa geometría que los detiene, tres vértices, tres líneas que deberían cruzarse y tocarse, pero cómo sería el día siguiente, saber que la mano de uno ha empuñado el pene del otro, o que el pene del otro haya atravesado tal o cual orificio del uno, no podrían ya saludarse de la misma manera, y el futuro se desmoronaría o disolvería dejándolos desamparados. Podrían hacerlo los tres, si supiesen que la mañana siguiente emprenderían un viaje, cada uno

con destino distinto, como llevan soñando desde que dejaron la escuela, y ella desde luego ya antes. Subirte al bus con lo puesto y una mochila pequeña, esa rosa con el macaco, y entrar en una vida diferente, ser tú misma pero a la vez otra, una mujer que tendría la misma memoria que tú, pero no se dejaría condicionar por ella.

Cuando llega, sus dos amigos están sentados ya en la tumba; siempre eligen la misma porque es amplia, despejada, sin flores de cemento o metal, y la lápida vertical, más ancha que las demás, les permite sentarse juntos apoyando la espalda contra ella, mirando hacia la verja del cementerio.

Los preservativos están ya sobre el granito, como una apuesta o un desafío. Les da dos besos a cada uno y se sienta a los pies de ambos. Me he roto un dedo, anuncia Julián. Un meñique. Tiende la mano herida hacia la chica.

¿Y qué quieres que haga, que sople y diga sana, sana, culito de rana?

Qué hija puta, no tienes compasión.

Alfonso se pone la mochila, negra, de cuero, entre las piernas; saca de ella un martillo y un cortafrío. La chica abre también su mochila y saca la ginebra. Los tres dan un trago. Julián eructa.

Luego, cuando se haga más de noche, dice la chica.

Vale, responden sus amigos a la vez.

Siguen bebiendo sin prisa. Fuman un porro que Julián ha liado con mimo. Incluso lo ha levantado y examinado antes de encenderlo para asegurarse de que ha hecho un buen trabajo.

Qué curioso: no es que el tiempo transcurra más deprisa en el cementerio con sus amigos. Es lento, también, pero como puede ser lento cuando estás tumbada en la playa o en un prado a la sombra; lento y ligero a la vez, un tiempo brisa.

¿Jugamos a las prendas?, pregunta Julián.

Tú lo que quieres es verme las tetas.

No voy a querer ver las de este.

Mi madre está en el hospital, dice Alfonso.

¿Otra vez?, pregunta la chica. Qué putada.

No es que la eche de menos, pero un poco de pena sí me da.

¿Y tu padre?

Mi padre es un trozo de corcho.

Dime uno que no lo sea, dice Julián. Bueno, el de esta, como se largó, no lo sabemos. Lo mismo era un tío guay.

Sí, por eso se fue con una que tenía mi edad hoy y nos dejó tiradas a mi madre y a mí. Requeteguay.

En realidad no tener padre es lo mejor, dice Julián. ¿Se va a curar?

¿Mi madre? No sé. Cómo lo voy a saber yo. A mí nadie me cuenta nada.

Alfonso empuña el cortafríos. Hace ademán de clavarlo de un martillazo en la losa. Le va dando golpes ligeros como un cantero grabando una inscripción. Aquí yace..., dice.

El futuro, responde Julián y traza las palabras con un dedo sobre el cielo estrellado.

¿Os imagináis que mi madre podría estar bajo una losa como esta en unos días?

Cualquiera de nosotros, dice ella. Eso no se sabe.

Pero nada más decirlo le suena falso, a consuelo de adulto.

En realidad no sería ya tu madre, añade. No sería nada. Ahí solo habría materia que la recordaría, un parecido pasajero.

Alfonso asiente. Golpea con más fuerza sobre el cortafríos haciendo saltar una esquirla de granito por los aires. ¿Vamos de una vez?, pregunta.

Apuran la botella de ginebra en tres tragos, uno cada uno. Se levantan y echan a andar tirando hacia abajo de los vaqueros, que les quedan justos. Ahora sí, piensa la chica, ahora el tiempo es distinto. Tiene la impresión de que todo lo que les rodea se ha ralentizado mientras ellos avanzan a cámara rápida. Están en otra dimensión espacio temporal, atraviesan una realidad amortiguada, espectros anfetamínicos. Aún no ha ter-

minado de pensarlo cuando Alfonso está ya golpeando el candado.

Mejor la cadena, dice Julián. Va a ser más fácil separar los eslabones.

Chsss.

Los tres se quedan quietos, salvo porque Alfonso baja despacio la mano con la que empuña el martillo.

Hay alguien, dice ella.

¿Ahí dentro?

No, joder, detrás de la valla, o en el cementerio, no sé.

Crujidos, chasquidos, posibles pasos. Un viento tranquilo que les eriza la piel. La luna es apenas un arañazo de luz en lo negro. A medida que pasan los segundos se van relajando. Ha sido un susto casi placentero, una excitación aún más hermosa porque la compartían.

Venga, sigue, que no era nada. Un gato, o un tejón.

El metal suena aún más fuerte que antes, un estruendo de fragua, que reverbera contra el granito y el mármol y parece provenir de las propias tumbas.

Ya, dice Julián. Ya está.

La chica acaba de desenlazar los dos eslabones que Alfonso ha abierto a golpe de cortafrío. Tira de la cadena para sacarla de los tiradores de la puerta doble del pequeño mausoleo, una construcción que parece un templo griego en miniatura, con su frontón y sus columnas con acalanaduras y sus capiteles de hojas de acanto, idénticas a las que les enseñaron en el instituto. Es también ella quien empuja la puerta.

¿Habéis traído una linterna?, pregunta Julián.

Yo un mechero.

No, no encendáis nada, dice ella.

Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad exterior: las manchas más densas de los árboles, el reflejo en las lápidas de la escasa luz de la luna y las estrellas, el filtro anaranjado que parecen ponerle a todo los lejanos faroles de la carretera. Pero el

mausoleo es, durante esos primeros momentos, como una galería subterránea. Una oscuridad sin forma ni contornos.

Qué pasada, dice Julián.

Los tres detenidos a la entrada, con la puerta tan solo entreabierta a sus espaldas. El espacio es tan estrecho que, hombro con hombro, alcanzan casi de pared a pared. Al fondo hay un ventanuco que debe de estar tan sucio que se ha vuelto opaco. Y sin embargo va surgiendo allí un halo que da profundidad al espacio. Y luego sucede al contrario de cuando se revela una fotografía, que del blanco del papel van saliendo sombras difuminadas y después imágenes concretas. Allí es el negro el que va aclarándose en manchas borrosas que acaban por tener contornos definidos de blancura para la que enseguida se les ocurre el adjetivo espectral. Pero todo es demasiado sólido como para pensar de verdad en fantasmas. La tumba parece más bien una cama blanquísima, de bordes redondeados. La lápida vertical con la cabeza de un hombre en relieve, como si hubiese querido emerger del mármol y hubiera quedado petrificado para siempre. Y delante la mujer, arrodillada al borde de la tumba, volcada sobre ella; cubierta tan solo de un velo que resulta increíble que sea también de mármol, que tendrías que tocarlo para convencerte, y por debajo su cuerpo desnudo. Desnudos también los pies apoyados en el suelo sobre las puntas, con el talón en el aire, y desnudos los brazos tendidos sobre la laja de mármol, como llamando o incluso intentando sujetar algo que se les escapa, retenerlo, aunque en todo el gesto del cuerpo hay un abandono de renuncia, de imposibilidad. Y sobre todo el rostro de la mujer, que van acariciando uno a uno, pasando los dedos por sus lágrimas hasta el punto de que las mejillas se les antojan húmedas; también sobre los labios entreabiertos, como rezando o suspirando.

Qué pasada, repite Julián.

Chsss, repite ella.

No quiere oír ninguna voz, no quiere hablar. Le gustaría desnudarse, arrodillarse como la mujer, volcarse ella también sobre

la tumba, acompañarla en su duelo calladamente desesperado. Y ¿por qué no va a hacerlo? Desnudarse no, pero se arrodilla frente a la doliente, imita su postura, la mejilla apoyada sobre el mármol, los brazos extendidos hacia esa cabeza que no emerge, sino que se hunde en el olvido. ¿Va a llorar? La desesperación le anuda la garganta, aunque no pueda explicar por qué. Esa sensación de pérdida, de inutilidad de todo, de vida que se extingue después de ir acumulando errores, palabras equivocadas, actos de los que arrepentirse. ¿De verdad va a llorar? Se levanta casi de un salto. Se sacude la tierra de las rodillas.

Vaya culo tiene, dice Julián, y se sitúa tras la estatua. Le da un par de empujones como si se la follase. Alfonso ríe y echa mano a las tetas de mármol. Qué gilipollas sois, dice la chica.

Como tú no te dejas, dice Alfonso, pero se siente tan incómodo con su propio chiste, que murmura yo me piro y sale del mausoleo.

Venga, esto está visto, dice Julián y sigue a su amigo.

La chica pasa también los dedos por el cuerpo de piedra. Lo acaricia casi enternecida. Se arrodilla, esta vez a su lado, toma la cara entre las manos con delicadeza, como consolándola, enjugando sus lágrimas. Tiene los ojos cerrados cuando le da un beso en los labios.